

se desmintió jamas. Su facilidad de inteligencia era tan extraordinaria como su energía de acción, muy pocas veces rebajada: su educación política comenzó tan tarde como su educación literaria, y aunque en el último tercio de sus años, se entregó á la lectura con suma avidez, se resentía siempre de la falta de antecedentes, y estaban desnudos de lógica algunos de los discursos mas animados que pronunció en la tribuna, como ministro y como senador. Su elocución era fluida y tambien elocuente, si lo inspiraba alguna pasión. Considerándolo como jefe de partido, comprendía perfectamente el conjunto de las ideas y descuidaba de los pormenores: áspero en su trato, cuando no era el confidencial con sus amigos, solía enagenarse las afecciones de sus adictos, que notaban en él poca franqueza: acusábanlo de vengativo, y mas razones hay para presumir que cedia á los transportes de una cólera momentánea: el empeño de ser y de parecer ilustrado y mas liberal que todos, fué el origen de algunas de sus aberraciones, mas dignas de compasión que de reproche. En la vida doméstica fué su conducta sin nota, y dentro de ese umbral que nadie debe traspasar, se encerraban virtudes muy recomendables: en el seno de la amistad, era expansivo, con aquellos amigos solamente que lo eran de su persona y no de su política.

Tan cordiales eran las simpatías de los Sres. Victoria y Llave, que si este no se hubiera empeñado en ceder su puesto al Sr. Ramos Arizpe, lo hubiera conservado por el tiempo de su voluntad. La política enfadaba ya al sábio botánico, y no deseaba otra cosa que ir á herborizar en los eschuberantes campos de su patria, la ciudad de Córdoba.

El Dr. D. Miguel Ramos Arizpe, desde el oscuro pueblo de Borbon, en el Estado de Tamaulipas, cuyo curato desempeñaba á contento de sus feligreses, fué transportado á las córtes españolas, en las cuales brilló como un meteoro por su talento, por su actividad y por su audacia. Tales muestras dió en ellas de ese fiero patriotismo que conquista la admiración hasta de los enemigos, que llegaron á considerarse como personificados en él los intereses de América, y su influencia en las resoluciones, era la mas calificada, á pesar de que en aquel congreso abundaban americanos de alto saber y de consumada esperiencia en los asuntos de su patria. Las ideas liberales de Ramos Arizpe, le acarrearón una cruel persecución cuando Fernando VII reasumió el poder absoluto; y restablecida la constitución de 1812 por la revolución que capitaneó Riego, aquel antecedente verdaderamente honroso, bastó para ganarle un ascendiente extraordinario en el nuevo orden de cosas. Arizpe lo empleó todo en bien de las Américas, y sus compatriotas recibieron por interposición suya, cuantos favores ó justicia demandaron. Nombrado chantre de la iglesia de la Puebla de los Angeles, por un acto espontáneo de la corte, regresó á su querida México, elevada ya al rango de nación soberana, y constituida en monarquía por una estraña peripecia. Ramos Arizpe, que tan prócsimamente habia ecsaminado el carácter individual de la familia real de España, no pudo convenir en que alguno de

sus vástagos se trasplantara á la América; y como eran muy firmes sus creencias, de que solamente una constitución republicana podia establecer sólidamente la libertad, reprobó la monarquía de Iturbide, con aquella franqueza que nunca le permitió disimular sus conceptos. Se le atribuyó en aquella época la inspiración de la revuelta de Garza en Tamaulipas, lo que es ciertamente dudoso, porque la cabeza de Arizpe estaba demasiado bien organizada, para haber concebido un proyecto semejante. Derribado el Sr. Iturbide, á cuya caída contribuyó con sus consejos, encontró su alma naturalmente inquieta, un nuevo teatro en que lucir su actividad incomparable, haciendo convertir la opinión hácia la idea republicana su favorita. Enviado por su Estado al segundo Congreso mexicano, fué nombrado presidente de la comisión de constitución, y en ella trabajó con aquella constancia y con aquella asiduidad de que él solo era capaz. Desde España vino ya impresionado de que á México era conveniente una constitución que fuera el remedo de la de los Estados-Unidos, y como á su llegada se penetró de que en un sistema central continuaria dominando el partido mas ligado con los viejos recuerdos de la monarquía, contempló que por la situación escepcional de las cosas, no era posible otra organización en el país que la federativa. Como sus convicciones eran fuertes, venció todas las resistencias que se le opusieron, y puede asegurarse, que haya sido para bien ó para mal de la nación, porque las opiniones no están acordes, es una verdad incontrovertible, que la constitución, como ella es, fué la concepción de Ramos Arizpe. Como en la tribuna se atropellaban las ideas en su ardiente imaginación, sus discursos eran confusos, aunque solían escaparse de su boca rasgos muy elocuentes, que brillaban como relámpagos en una noche tempestuosa. Podía aplicarse á Arizpe, lo que Mr. Domairon, maestro de bellas letras de Napoleon, decia de él con mucha propiedad: *Es el granito quemado por el volcan.* Al Sr. Victoria representó varias veces su secretario Tornel, que Ramos Arizpe debia hallarse dentro del gabinete, porque era muy peligroso que se encontrara fuera.

El Sr. Lic. D. Juan José Espinosa de los Monteros, oficial mayor del ministerio de relaciones, se encargó de su despacho por la salida del Sr. Alaman. Espinosa era en los últimos tiempos del gobierno vireinal, uno de los abogados de mayor crédito, y la audiencia respetaba sus sobresalientes luces y su práctica en los negocios del foro. El fué el principal confidente del Sr. Iturbide en la formación del plan de Iguala, cuyo borrador es todo de su letra, con correcciones de la del libertador. Cuando se formó la Suprema Junta Provisional Gubernativa, fué uno de sus miembros, mostrándose en ella pronunciado amigo del Sr. Iturbide, en lo que jamas se desmintió. Entre los que componian el segundo ministerio modificado del Sr. Victoria, era el de mayor saber, y en todas las resoluciones árduas, lo escuchaba el presidente con entera deferencia. El defecto que solía anular las eminentes cualidades del Sr. Espinosa, era su estraordinaria lentitud, que pasaba por un proverbio. Notable era ciertamente el

contraste de la impetuosidad de Arizpe, con la flojedad de accion del Sr. Espinosa. El Sr. Victoria sacaba gran partido de esta contraposicion de caracteres. El talento de Espinosa era profundo y grande su estension de conocimientos. En política no tuvo ideas fijas, pues de partidario ecsaltado de la monarquía de Iturbide, se transformó en defensor entusiasta de la federacion y de las ideas mas democráticas.

Vino à reemplazarlo en la primera de las secretarías del despacho, el jóven veracruzano Lic. D. Sebastian Camacho, quien despues ha desempeñado los empleos mas importantes de su Estado y de la república. Fué amigo y consejero del Sr. Victoria miéntras mandó en Veracruz, y se le aficionó por su carácter templado y por su honradez notoria; en el primer congreso nacional no tuvo Camacho ocasion de hacer notar sus talentos, que algo mas se conocieron en la primera legislatura veracruzana. Camacho escribia con facilidad y se esplicaba en la tribuna con precision. Mas de una vez acreditó en su larga carrera de servicios, una firmeza indomable, á prueba de riesgos y de persecuciones: obsequió siempre sus deberes políticos, como si fueran obligaciones religiosas. Camacho pertenecia á la escuela casi desamparada, de los que respetan, en todas las eventualidades, los principios mas severos de legalidad y de justicia.

A principio del año, y en hora malhadada para la república, arribó á Veracruz con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos cerca de nuestro gobierno, el Sr. Joel R. Poinsett, natural de la Carolina del Sur, y descendiente de una de las familias que emigraron de Francia á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes. Habia viajado con provecho en el mediodia y en el norte de Europa, en el Asia menor y en la América del Sur, contrayendo relaciones que le ganaron importancia en su propio país. En la república de Chile se mezcló en las disensiones civiles, adhiriéndose al partido de los hermanos Carreras, con aquel genio artero que desarrolló en México á las mil maravillas. Como simple viagero ó explorador, nos visitó desde el año de 1822, y de regreso á su patria, dió á luz una obra con el título de *Notas sobre México*. Ella contiene las curiosas noticias estadísticas que pudo recoger, la descripcion de los lugares que vió de prisa y el juicio que formó de las cosas y de los hombres mas notables de la época. Aunque su mansion no fué muy larga, le bastó para penetrar con su ojo certero y avisado, la marcha que llevarian los acontecimientos, la incertidumbre de las instituciones y los medios fructuosos que podrian emplear los Estados-Unidos para asentar su influencia y hacerla preponderar sobre la de todas las naciones comerciales de Europa. No se descuidó de sembrar ideas republicanas y de presentarnos como modelo las leyes de su patria, y como recompensa la gigantesca prosperidad de que disfruta. Preparado así el terreno, y contando con los amigos que se habia adquirido, estuvo seguro de una favorable recepcion; y de facto la logró, contribuyendo en no poco sus corteses modales, su fino trato y

la gracia con que se esplicaba en el idioma español. Encontrando buenas disposiciones en la sociedad culta de la ciudad de México, introdujo la costumbre de las tertulias, á que invitaba, por un lado, á las bellezas del país, y por otro, á las personas mas distinguidas por su situacion social, por su riqueza ó por su talento. Así fué haciéndose cabida poco á poco, hasta lograr atraerse á algunos mexicanos que eran depositarios de los secretos de estado, y que poniendo en juego sus malas pasiones, tanto le sirvieron cuando juzgó que era llegado el momento de desarrollar sus planes maquiavélicos. Con un gozo que no disimulaba, aplaudió que México hubiera preferido la federacion á todas las formas de gobierno, porque á su viveza no se ocultaba que por este medio debilitaba su fuerza de accion, y que siendo contrarios todos sus antecedentes á instituciones tan perfectas, vendría por necesidad el choque de las leyes con antiguos hábitos y costumbres, y por consecuencia una dilatada anarquía. Cuando ella estalló, procuró que fuera duradera, dando organizacion á un partido, escitando sus naturales animosidades contra su rival, que parecia sospechoso por el número crecido de españoles que encerraba en su seno, y porque estaba dirigido ostensiblemente por algunos de los mexicanos apegados á las ideas políticas mas en boga en los pueblos europeos. Por este arbitrio, tan ageno de la circunspeccion de un diplomático, y secundado poderosamente por el Sr. D. Lorenzo Zavala, consiguió tal prestigio en el partido popular, que se le consultaba como à oráculo, que desempeñó una verdadera dictadura, ante la cual, para vergüenza nuestra, se doblegaban muchas de las notabilidades del país, hombres revestidos de carácter público, y miles de ciudadanos que no alcanzaron cual era el blanco de sus arterías. Con su aparente franqueza, pudo así abusar del candor de un pueblo inocente, y como su talento era persuasivo, vieja su esperiencia y eminentemente americano su language, no es extraño que de sorpresa en sorpresa, de engaño en engaño, sedujera á tantos mexicanos, que han lamentado despues su funesta ceguedad. El Sr. Poinsett no es un hombre vulgar, y en los mismos Estados-Unidos pocos pueden comparársele. En teatros muy superiores hubiera lucido sus talentos, y sobre todo su singular penetracion: á la rápida inteligencia que heredó de su origen francés, reúne el aplomo de la raza anglosajona: sus estudios son clásicos, especialmente los de observacion: en los altos puestos con que su patria ha realzado su mérito, ha protegido las ciencias y los establecimientos útiles, ha ennoblecido la carrera del soldado y ha cooperado eficazmente á que se ostente ese orgullo nacional, tan digno de proponerse à nuestra imitacion. ¡Por qué cruel fatalidad son tan dolorosos los recuerdos de un ciudadano eminente, que ha ambicionado el título de filósofo y de amigo de los hombres? Los hay, en verdad, incomprensibles.

Quando el general Santa-Anna, despues de haber ganado con ilustres hechos de armas la independenciam de la provincia de Veracruz, partió como un rayo sobre su capital, la guarnicion española que mandaba el mariscal de campo D.

José Dávila, se retiró violentamente al castillo de San Juan de Ulúa, esperando recibir allí refuerzos, si se intentaba la reconquista. Como Dávila era amado en Veracruz, y él por su parte tenía simpatías á un pueblo en que vivió tanto tiempo, dando muestras de su honradez, su presencia en la fortaleza dominante, mas que temor inspiraba cierta confianza, que en dos años no fué desmerecida, ni desmentida.

En ellos continuó esta situación, hasta cierto punto anómala, porque á las dos fuerzas enemigas no las separaba mas que una milla corta de distancia, y aunque se trataban con reserva, no por eso se hostilizaban de modo alguno. Los habitantes de las costas visitaban al castillo y proveían á su guarnicion de víveres frescos, á la vez que ella se sostenía cómodamente con el producto de los derechos que se cobraban á los buques, sin perjuicio de los que tambien pagaban á las autoridades de la ciudad. Dávila, uno de esos rancios españoles que todo lo esperan, aunque no todo lo puedan, instaba incesantemente al capitán-general de la isla de Cuba, y aún á la córte, para que se enviaran expediciones reconquistadoras, soñando, á pesar de sus crecidos años, que la suerte lo destinaba á ser un segundo Hernán Cortés en la Nueva-España. Tan tenaz era su fidelidad á su nacion y á su rey, que intentó la seducción por medio de una carta al mismo general Iturbide, en los momentos en que mas embriagado se hallaba con los aplausos unánimes que tanto merecía por el éxito feliz de la independencia. El castellano Dávila, no fué extraño á la intentona de los cuerpos expedicionarios, castigada gloriosamente en los campos de Juchi por el general D. Anastasio Bustamante. En el año de 1822, cayó Dávila en el lazo que tan astutamente le tendió el brigadier Santa-Anna, comandante general de la provincia de Veracruz, persuadiéndole que se le franquearía el acceso á la ciudad; y habiendo mandado para ocuparla á una respetable fuerza, la mayor parte de ella fué hecha prisionera, recibiendo un severo castigo por su arrojo y por su credulidad. Dávila, por única represalia, arrojó algunos tiros sobre la ciudad, que causaron mayor espanto que daño en los vecinos. El gobernador volvió á su antigua inacción, y ella prestó sin duda mérito para su relevo.

El brigadier de ingenieros D. Francisco Lemaur fué nombrado para sucederle en principios del año de 1823, y se estrenó impartiendo auxilios de municiones á la guarnicion pronunciada contra Iturbide en Veracruz. Apenas llegó el general Echávarri con sus tropas á sitiar á la ciudad, é informado de su origen español, abrió con él comunicaciones, que presto pasaron á confidencias, por medio del otro español D. Gregorio Arana, urdiéndose así la negra traicion de que fué producto el plan de Casamata. Cuando la historia escudriñe el móvil de los sucesos mas importantes de nuestro suelo, recomendará á la posteridad, como si fuera una extraña paradoja, que un general español, arrinconado en un palmo de tierra, hubiera podido comprometer á varios generales, y tres mil soldados mexicanos, que portaban laureles frescos todavía por la conquista

de la independencia, para que castigarán en su autor, no su subida al trono, sino el que hubiera desquijarado al león y roto con el brazo vigoroso de Hércules, la cadena que ataba á sus enfáticas columnas á un imperio mas rico y mas estenso que la celebrada Hesperia. El general Santa-Anna proclamando á la república, obró por esa secreta inspiracion que lo arrebató siempre hácia lo grande y lo heróico, y Echávarri... no puede decirse mas, porque avergonzado, arrepentido y abandonado de todos, fué á morir en Filadelfia, en los brazos de la generosa viuda de su amigo, de su bienhechor, á quien cruelmente arrojó desde el sόlio hasta el humilde sepulcro de Padilla.

Lemaur, cuando ménos se recelaba, arrojó sobre la ciudad una lluvia de balas y de bombas, con la fria crueldad con que el mas inmundo de todos los Césares se divertía desde lo alto de una colina con el incendio y destruccion de Roma. Parecióle, sin duda, que habiéndose inaugurado el dominio español en el territorio de México, con escenas de sangre y de devastacion, era consiguiente que al desenlazarse el drama al cabo de tres centurias, el bronce y el fuego señalaran la época en que, para no alzarse otra vez, se abatió el pendon de Castilla. Tal resolucion, no pudo venir de otro estímulo que del innoble de la venganza; porque disponiendo el general español de escasas fuerzas, ni aun podia lisongearlo la esperanza de enseñorearse de las ruinas y escombros de la heróica Veracruz. Esa ciudad, por tantos títulos ilustre, vió iniciar entónces la larga serie de infortunios que le alcanzan, ántes y mas que á ninguna otra poblacion de la república, en todas nuestras guerras extranjeras. Ancianos y niños, las señoras mas respetables, la parte mas desvalida del pueblo, vagaban todos por el campo, sin auxilios, sin amparo, sufriendo las mas duras, las mas dolorosas privaciones. Rotas así las hostilidades, el gobierno mexicano mandó cerrar el puerto de Veracruz y abrir el de Alvarado, á donde pasó el comercio, sin que la guarnicion de Ulúa pudiera ya cubrir su presupuesto con las rentas de su aduana, porque esta quedó enteramente anulada, siendo para los españoles no pequeño castigo tener que cubrir los cuantiosos gastos de la fortaleza, con el erario de la isla de Cuba.

Los generales Victoria, Santa-Anna y Barragan, las tropas que mandaron y la juventud veracruzana, acreditaron ese valor denodado, que hoy ponen en duda hombres ligeros ó malvados, para rebajar los quilates del carácter mexicano. La guarnicion volvía tiro por tiro al castillo, y cercada de ruinas, mantenía ese espíritu guerrero que tanto recomienda á nuestros soldados. Dos años de bombardeo, mas ó ménos vivo, habrían hecho célebre á cualquiera plaza de Europa que lo hubiera sufrido. Mas á los mexicanos se les regatean todas las glorias, á la vez que se les prodiga la infamia y la ignominia.

En el año de 1824 muchos rumores hubo de que una expedicion española se acercaba á nuestras costas, y el gobierno les dió tanto crédito, que no dudó anunciarlo al congreso. No vinieron sin embargo mas que quinientos hom-

bres, en relevo de los que diezaba todos los días el clima mortífero del Seno Mexicano. De tiempo en tiempo se reproducían iguales alarmas, aunque sin fundamento alguno, porque entretenido el gobierno español con sus cercanas querellas, no podía pensar en serios esfuerzos para la reconquista de un país, satisfecho de su independencia.

El general Barragan, con la decisión y actividad propias de su genio, cortó todas las relaciones de la costa con la fortaleza, la estrechó por mar y por tierra, hasta reducirla al estado de la última desesperación. Como à los soldados valientes y leales, aunque sean enemigos, es debida la confesion de su gloria, será pequeño todo elogio que se tribute al puñado de españoles, que encerrados en una milla de tierra amurallada, dieron à conocer que eran descendientes de los fieros defensores de Sagunto y de Numancia.

En Agosto de 1825, la guarnicion de Ulúa apenas constaba de cuatrocientos hombres, muertos de hambre, lacerados de miseria, heridos todos los días por la peste, que multiplicaba sus víctimas en el lugar mismo desde donde divisó Cortés, tres siglos ántes, una corona de laureles inmarcesibles sobre la nevada cumbre del Citlaltepétl. Y Barragan, demasiado avisado era para no sacar un partido decisivo de tan crítica situacion.

El general D. José Copínger habia reemplazado à Lemaury, y por su humano comportamiento, era merecedor de otra suerte que la que el destino le preparaba. Cuando Barragan le intimó que se rindiera, fué su respuesta noble, porque aplazó su contestacion para el extremo caso en que no fuera socorrido.

La escuadrilla mexicana, que Barragan con tanto esmero habia aumentado y guarnicionado, se hallaba mandada por el capitán de fragata D. Pedro Saenz de Baranda, oficial de valor y de mucha instruccion. El medio indefectible para hacer sucumbir à la fortaleza, era el de impedir que entraran en ella tropas y víveres de refresco; y nuestros buques, orgullosos con portar la insignia tricolor, estuvieron preparados para batirse con la escuadra española, fuera superior ó igual en fuerza.

El gobierno para ausiliar eficazmente à Barragan, dispuso que bajara con amplias facultades à la ciudad de Veracruz, el secretario de hacienda D. José Ignacio Esteva. Sin rebajar en un ápice el mérito sobresaliente del general Barragan, sobre cuya tumba descuella con justicia el blason de Ulúa, no puede negarse que Esteva ganó tambien prez y honor, allanando dificultades, apurando arbitrios y marcando por todas partes las huellas del genio, inspirado por el patriotismo. Los partidos, tan mezquinos siempre, proyectaron crear rivalidades entre los dos, como si à los que sirven bien à la patria, les fuera provechoso usurpar la gloria ajena.

La escuadrilla mexicana presentó combate à la española; mas el jefe de esta, convencido de la inferioridad de sus fuerzas è ignorando los apuros del castillo, la hizo à la vela, lo que obligó à Copínger à tratar de capitulacion, en la que

obtuvo condiciones ventajosas, porque al valiente cuando se le vence, no se le humilla. En el 15 de Septiembre, día de gratos recuerdos para los mexicanos, ocuparon nuestras tropas la fortaleza y se enarboló en ella el pabellon tricolor, condenado à sufrir allí mismo mas adelante grandes ultrages. El patriota general Victoria, muy gozoso de que su administracion hubiera dado cima à la costosa empresa de lanzar à los antiguos dominadores de todo nuestro territorio, condujo al magnífico santuario de María Santísima de Guadalupe, las últimas banderas que amenazaban con la vuelta del imperio español. ¡Días felices, pero escasos, en que todavía brillaba el sol de la patria!

En Agosto de este año se estableció en la ciudad de México una ruidosa secta política, con el nombre y apariencias de secta masónica, bajo el antiguo rito de York.

Como el pensamiento de fundarla fué exclusivamente de D. Lorenzo Zavala, apesar de su empeño en atribuir la paternidad de tan monstruoso engendro, à su compatriota D. José María Alpuche é Infante, y como ademas facilitó todos los medios para su realizacion, útil será anticipar rasgos que puedan servir para conocer la fisonomía del célebre yucateco.

Zavala perteneció à la escuela de D. Pablo Moreno, uno de esos talentos colosales que en raros tiempos se presentan en el mundo, para adelantar los conocimientos y perfeccionar al espíritu humano. Moreno hizo à este discípulo el favorito en sus lecciones, porque descubrió en él extraordinaria comprension, muy buena memoria y la aplicacion correspondiente. Formado así en los principios filosóficos de la época, muy presto manifestó Zavala su adhesion à la independencia americana, y como se espresaba sin embozo y ganaba prosélitos, fué condenado à una larga prision en la fortaleza de Ulúa, lo que será siempre para su fama un título de gloria. Los acontecimientos de España de 1820 le abrieron no solo las puertas de su cárcel, sino tambien las de los honores y distinciones, pues que fué electo para representar à su provincia en las córtes españolas.

Trasladado Zavala à un teatro mas ámplio en que pudiera lucir sus innegables dotes intelectuales, sobresalió en el congreso por su facundia y por sus ideas liberales; notándose, sin embargo, que no era muy consumado su juicio todavia, ni muy sólida y estensa su instruccion. Cierta es que no desmintió su afecto à la independencia; mas en España acogió con entusiasmo el proyecto de monarquizar à las Américas con príncipes de real estirpe, y aun tuvo parte en algunas intriguillas, cuyo objeto era trasladar furtivamente à México à uno de los infantes de España. Terminada su mision, se dirigió à Paris, donde fué el actor principal en una de las escenas mas cómicas que pueden haber tenido lugar en el teatro demasiado serio del mundo político.

Se hallaba en aquella capital el Sr. Manzilla, conde de Moctezuma, grande de España y ex-corregidor de la coronada villa de Madrid, y vino à las mien-

tes de Zavala aprovecharse de su candor para sacar sus gastos de viage, proveerse de libros y de otras cosas precisas. Ausiliado activamente por el festivo clérigo D. Joaquin Carrera, y por algunos otros mexicanos, metió en la pobre cabeza de Manzilla, que con solo querer podia restaurar en su persona la monarquía de sus mayores, à pesar de que el conde era tan indio como Zavala judío ó musulman. Llevaron tan adelante la farsa, que el improvisado Moctezuma III, fuè instalado emperador en la sala de un hotel, nombró su ministro universal à Zavala, vicario general castrense al padre Carrera, y concedió otros empleos y honores no solamente à los actores, sino hasta à los mites en la burlesca representacion, de que debia ser la única víctima. Instruido el Sr. Ramos Arizpe de estos peligrosos juegos del moderno Maese Pedro, y receloso de que tan desatinado proyecto pudiera servir en su país de nuevo elemento de anarquía, puso en conocimiento de lo que pasaba al embajador español en Paris, quien diò cuenta de todo à su corte, siendo el resultado que al infeliz conde se le privara de sus títulos, se le embargaran sus posesiones en la península, y se le estrañara de los dominios de España. Manzilla residió algunos años en la ciudad de Nueva-Orleans, y en ella murió despreciado, abatido y pobre. Si el fecundo Moliere viviera en nuestros tiempos, hè aquí un asunto en que hubiera empleado sus sales cómicas, acaso con mejor écsito que en su inimitable *Hipócrita*.

Zavala regresó à su país, ofreciendo al conde prepararle los caminos como un nuevo precursor, y nada le cumplió, porque demasiado bien sabia que nada le podia cumplir. Yucatan, que habia identificado su suerte con la de México independiente, al enviar sus diputados al primer congreso, escogió à Zavala, que era ya uno de sus hijos predilectos, por el merecido crédito de su ingenio y de su patriotismo. El representante yucateco, que estimaba en todo su valor el beneficio de la independendia, se afeccionó à su inmortal autor, cuyos modales é imponderable gracia de conversacion lo habian cautivado. Zavala en las primeras y tormentosas sesiones del congreso, fuè consecuente al Sr. Iturbide, quien le diò colocacion en esa Junta llamada instituyente, que tanto se asemejaba al consejo de los quinientos, mutilado y disuelto por Napoleon despues del 18 Brumario. Esa anómala reunion, muy formalmente se considerò depositaria de la soberanía nacional, y aun pensó en dictar à los pueblos una constitucion provisional; proyecto combatido justamente por Zavala, quien insensiblemente se fuè pasando à las filas de la oposicion. Su claro talento no consentía que tolerara absurdos; y absurdos fueron los últimos consejos del gabinete que tan torpemente se habia conducido al asomar la revolueion. Zavala, por cuya mocion fueron decretados los títulos de príncipes y de princesas à los miembros de la familia del emperador, lo abandonó en su desgracia, votó su destitucion, y mas adelante concurrió à su ruina, uniendo su sufragio à los de los que aprobaron la ley de su proscripcion.

Reelecto Zavala para el segundo congreso, obró ya sin compromiso alguno y pudo ostentar opiniones republicanas, que eran las que realmente profesaba. Su escogida y constante lectura, adelantaba rápidamente sus conocimientos, y fuè acaso el primero que en nuestras asambleas diò muestra de haber comprendido la importancia de establecer el crédito de la nacion sobre bases fijas, claras é indestructibles. Como representante de Yucatan, no podia ser de los opositores al sistema federal, que à ese Estado, mas que à algun otro conviene, por circunstancias peculiares, y por haber disfrutado en la administracion colonial de un gobierno independiente del de Nueva-España. En las discusiones que precedieron à la sancion de las leyes fundamentales, impugnó con severidad las que juzgó anomalías; observaciones que cuidò de reproducir en su *Ensayo histórico de nuestras revoluciones*. Como escribia con buena lògica y agradable fluidez, mereció que se le encomendara la redaccion del discurso preliminar de la constitucion de 1824.

Nombrado senador con arreglo à sus disposiciones, avanzó mas y mas en reputacion y justamente comenzó à colocarse entre los mexicanos mas sobresalientes en instruccion y en doctrina. Los ministros le temian por sus cáusticas interpelaciones; y à veces parecia que él los despreciaba porque su espíritu no era tan filosófico como el suyo.

El carácter de Zavala es indefinible, porque hablando con propiedad, carecia de un carácter conocido; y de su misma versatilidad nació ese conjunto de acciones buenas y malas, que formaron tal contraste, que dificilmente se concibe cómo procedian de un mismo individuo. Su imaginacion era viva como fuè ardiente la del Dante, y sin embargo fuè su talento tan adecuado para el cálculo como el del sublime Newton. Los dos principios, el del bien y el del mal, se hallaban como connaturalizados en su alma, y viviendo en perpétua contradiccion consigo mismo, no es así estraño que bajara del alto rango de patriarca de la independendia, al miserable de faccioso de Téjas, resistiéndose dolorosamente la pluma à nombrarlo traidor.

Al Sr. Victoria le chocaban los hombres turbulentos, y era imposible por esta circunstancia, que Zavala esperara ser alguna vez llamado para el gabinete.

Como él sentia su superioridad, y estaba ya cansado de la representacion pasiva de un senador, discurrió que el medio mas seguro de figurar en primer término y de imponer al gobierno, era el de organizar el partido mas popular, con las reglas de una secta masónica; provechoso arbitrio de que à su vista se habian servido los anarquistas de España. Mr. Poinsett le ofreció la regularizacion de las logias y ambos pusieron en ejercicio, para lograr que los ministros secundaran la empresa, la brusca actividad del senador Alpuche.

El Sr. Victoria, en el fondo de su alma, reprobaba las sectas masónicas, por su misterio y por su accion invisible, y à la que asumió el título de escocesa, la detestaba ya profundamente, por la clase de personas de que se componia, por la

influencia en ella del Sr. Bravo, á quien estimaba como su rival, por la tenaz oposicion que hacia á los actos de su gobierno. Cuando se le propuso el pensamiento de Zavala, se alarmó extraordinariamente, y llamó á consulta á sus ministros, porque era su costumbre no resolver nada sin oírlos. El Sr. Pedraza, inscrito desde el año de 1821 en la sociedad escocesa, se opuso esforzadamente á la creacion de la nueva; Llave y Esteva se explicaron con indiferencia; Camacho secundó la opinion del Sr. Pedraza; y solamente el Sr. oficial mayor D. Miguel Ramos Arizpe apoyó con singular vigor que se tolerara la nueva secta, en la cual fundaba esperanzas, que juzgaba ser las únicas, de la destruccion de su contraria. Los términos medios eran muy del agrado del presidente, y vino á convenir en esto, á pesar de que Tornel le manifestó que habiendo pertenecido á la masonería escocesa conocia muy de cerca que semejantes asociaciones, aun cuando se pronuncien como adictas á los gobiernos, comieuzan por entorpecer su accion, y acaban por sojuzgarlos. El tiempo se encargó de confirmar la esactitud de este vaticinio.

De acuerdo los Sres. Zavala, Poinsett y Ramos Arizpe en el proyecto de letéreo de organizar la secta, fundaron cinco logias, cuidando de que se nombrara venerable de la que llevaba el número cuatro, al ministro Esteva. Este no lo resistió, porque receloso del prestigio que ganaria Ramos Arizpe, si se le dejaba solo en la cofradía política, le pareció lo mas acertado abandonarse al torrente y figurar como caudillo. Zavala procuró que se eligiera gran maestro al ministro de hacienda, con el fin de que el gobierno se identificara con la sociedad y de que sirviera á sus fines, todavia algo encubiertos. Como Esteva era el que mas tenia que dar y justamente se le consideraba como árbitro de la voluntad del presidente, las circunstancias de hallarse á la cabeza del rito de York, cooperó mas que otra alguna, á difundirlo con asombrosa rapidez en toda la estension de la república.

Generales de mucho crédito por sus antiguos servicios, militares de todas clases, eclesiásticos en no pequeño número, diputados, senadores, empleados de diversas categorías, innumerables ciudadanos, se alistaron en una bandera que se decia ser, la de la independencia, de la federacion y del gobierno. Varias logias escocesas y bastantes individuos de otras fueron á engrosar las filas de la nueva secta, que brillaba con el esplendor de un sol que nace y con toda la popularidad que otorga el poder cuando protege.

Así es no mas como puede explicarse que el rito de York multiplicara sus prosélitos, hasta el extremo de dominar en el congreso general, especialmente en la cámara de diputados, en las legislaturas de los Estados, en sus gobiernos, en los cuerpos del ejército y en la mayor parte de las autoridades civiles y políticas. Su abierta pugna con la desconceptuada sociedad escocesa, contribuyó en no poco á su crecimiento: y si tales y tan funestas consecuencias hubieran meditado los que para curar un mal, inventaron otro no menos pernicioso, hu-

bieran disuelto á la sociedad que ecsistía, léjos de cometer el error de autorizar la aparicion de una nueva su rival.

Mas era preciso que México, que tan buenas cosas podia imitar del mundo antiguo, comenzara por apropiarse las prácticas mas absurdas, sin omitir las que allá mayores desgracias causaron y que se nos han trasmitido por las páginas mas luctuosas de su historia. ¿Quién ignora que los clubs secretos mas de siglo y medio hace que mantienen en perpetua inquietud á la Italia y que han originado en ella todas sus revoluciones? ¿Quién no es sabedor de que ellos desnaturalizaron la revolucion de Francia y la mancharon con los delitos mas espantosos? ¿Quién puede olvidar, que la libertad conquistada para España por el movimiento de 1820, se perdió por los inauditos desórdenes, abusos y tropelías de los masones y comuneros? Sociedades que se decoran con títulos de beneficencia para seducir á los corazones sensibles, que se anuncian con un carácter misterioso para engañar á los ignorantes y sencillos, que usan de frases confusas para que el vulgo no las comprenda ó las admire, son en realidad sociedades conspiradoras, enemigas de todo orden y de todo gobierno, y aun del género humano porque lo arrastran á cometer todos los crímenes, y porque son verdaderamente el instrumento mas poderoso para sembrar la anarquía en las naciones, y para volverla perdurable.

Mas los candorosos mexicanos, inespertos en su conducta social y poco previosores de los males que no estuvo en su ánimo causar á su patria, entraron en la moda, porque mucho tiempo lo fueron las sociedades secretas, así como las cruzadas en ciertas épocas, segun observó el Sr. Gomez Pedraza en uno de sus escritos. El ahinco de hacer triunfar tal ó tal opinion política, el deseo de figurar, el apetito desordenado de obtener empleos honrosos ó lucrativos, fomentaron y mantuvieron esas sectas, que no han desaparecido sin dejar en pos de sí amargas memorias.

El gobierno que habia creido desembarazarse de la cosijosa influencia de los escoceses, oponiéndoles la turbulenta accion de los yorkinos, quedó al arbitrio de unos y de otros, rebajándose de momento en momento el prestigio de su autoridad y el benéfico poder de las leyes. El gabinete se convirtió en un campo de Agramante, y ni podia suceder otra cosa, supuesto que un ministro era cabeza de una secta y otro de otra, inclinando alternativamente al presidente á favor de sus respectivos partidarios. ¿Cómo así habia de ser posible un gobierno respetado y espedito para sobreponerse á la situacion? El general Victoria lamentaba con dura espresion el error á que se le habia inducido; pero era ya tardío su arrepentimiento, porque los partidos habian robustecido sus fuerzas, mientras se les toleró y favoreció, y el gobierno anulado por su indiscrecion y por su propia voluntad, era ya muy débil para contrarestar los avances de las sociedades secretas, perfectamente organizadas. Mas adelante se verá que acarrearón al país dos revoluciones muy desastrosas, que enconaron los ánimos de